

III.

Durante el camino de regreso á Tequila, hablamos largamente de Nieves, D. Santos y yo.

—Tenía vd. razón al elogiarme á la *virgen de la Florida*, le dije: es una muchacha muy linda.

—¿De suerte que me concede vd. buen gusto?

Le vuelvo el crédito.

—Hace poco que esta familia se ha acercado en mi rancho. Como vd. debe comprender, estoy muy contento de ello.

—Así lo considero.

—El pícaro de Analeco y la vieja son bastante astutos para comprender que me interesa la muchacha, y bien, á fe, me explotan. A cada momento me piden servicios. Habilitaciones, tierras para sembrar, dinero: cuanto me piden les doy. Hace pocos días fué Analeco reducido á prisión por la autoridad de Tequila, por indicios de robo;

y conseguí que fuera puesto en libertad, dando fianza por él de buena conducta.

—¿Y vd. cree que sea hombre honrado?

—¿Qué he de creerlo! Tengo la convicción de que es un pícaro redomado. Creo que es capaz de todo; de robar, de asesinar, de incendiar y de cuanto malo haya.

—Pues no será difícil que lo comprometa á vd.

—Ya lo he pensado; pero en tal caso, lo peor que podrá sucederme será tener que dar algún dinero. En cambio puedo disponer de Analeco como de un esclavo.

De aquí pasó D. Santos á explicarme con todo el cinismo imaginable, sus perversas intenciones respecto á Nieves.

—¿No le inspiran á vd. lástima, le dije, su juventud, su hermosura y su desamparo?

—Amigo mío, me contestó, ésta es una de aquellas criaturas condenadas por el destino á tener mal fin. Como quiera que sea, Nieves ha de ser desgraciada; nació predestinada para ello. En tal caso, no seré yo quien la hunda en el abismo, sino la suerte.

En vano me empeñé en convencer á D.

Santos, de que había de su parte cobardía en abusar de esas mismas circunstancias; de que debía empeñarse en aventuras de otra naturaleza, en las cuales pudiera tener al menos, el orgullo de la victoria después de la lucha; y de que le sería mucho más satisfactorio hacer de aquella pobre muchacha una criatura feliz, combatiendo su mala estrella, que cooperar á precipitarla en la desgracia. Todo fué inútil. D. Santos se me rió en las barbas, diciéndome que hablaba tonterías, y concluyó por insinuarme que me expresaba de tal suerte por envidia, y que me conduciría como él, si me hallase en su caso.

No insistí más, y seguimos hablando de cosas diferentes. En seguida caímos en prolongado silencio.

Era D. Santos un viejo de más de cincuenta años, gordo, cejijunto y de facciones vulgares. Traía la larga cabellera enmarañada y revuelta; formábale la barba cana, hirsuta y crecida sin orden, al rededor del semblante, un marco de blancas púas que parecían espinas, como los pelos del puero espín. Sus manos amarillas por el humo del cigarro, mostraban uñas largas y negras. Su

conjunto era antipático y repugnante; acaso más aún me lo parecía por verlo tan desapiadado y corrompido. Era á mis ojos un milano cirniéndose sobre blanca y tímida paloma.

Al través de un sol de fuego, y asfixiándonos con el calor de la atmósfera, obra de la siesta, llegamos de regreso al pueblo. En el acto me despedí, gozoso, de D. Santos, deseoso de descansar de su compañía.

#### IV.

Costumbre general es en los pueblos de la comarca, obsequiar al forastero con toda especie de invitaciones y excursiones campesitres. El generoso y amable vecindario se lo disputa para agasajarle y obsequiarle, estableciéndose en estos actos de benevolencia, casi un pique de amor propio entre los sencillos moradores del lugar, desde el ofrecimiento del hospedaje, hasta la invitación á la comida ó al baile. Esta generosidad y amable disposición de los ánimos, forman uno de los rasgos distintivos así como de los más simpáticos de nuestras poblaciones cor-

tas; recuerdan las costumbres patriarcales, bajo el imperio de las que el huésped era tenido por sagrado y se convertía en objeto de un culto verdadero; y contrastan de un modo plácido con el egoísmo y con la avaricia que van enseñoreándose poco á poco de la capital. Todas las situaciones tienen su anverso y su reverso. Achaque es de la civilización producir entre otros vicios, el enfriamiento de los afectos, que disminuye el amor fraternal entre los habitantes de la misma población; pero los lugares pequeños, á vuelta de su generosa hospitalidad, tienen el seno carcomido por cien llagas dolorosas, que hacen difícil y penosa su vida. Así, por ejemplo, la maledicencia y la envidia llenan á la continua el corazón y la boca de las sociedades aldeanas, las cuales todo lo atisban, motejan y zahieren de un modo inhumano, tornando así su existencia en cadena de odios y discordias.

Tales observaciones hace el viajero que pasa una temporada larga en cualquier pueblo; no el que, como ave de paso, apenas se detiene lo suficiente para sacudir el polvo del camino y cobrar aliento para seguir la jor-

nada. Así yo, que sólo fuí á Tequila con el propósito de renovar gratos recuerdos y no con el de permanecer un tiempo dilatado, no tuve espacio sino para ocuparme en visitar sitios que me habían sido antes familiares, y para renovar en mi corazón ese romántico placer que suscita en el espíritu la contemplación de un pasado dichoso. Debido á tan favorable circunstancia, me tocó en suerte mirar sólo la parte florida del cuadro, escapando, por fortuna, á la dolorosa impresión que me hubieran causado sus defectos.

Víme, pues, en aquellos días, disputado por mis parientes y por los amigos de mi casa de una manera tan empeñosa y amable, que no podré nunca olvidarlo. Ya iba á un rancho, ya á otro; ya trepaba por las faldas del Tequila, ya bajaba al fondo de la Barranca, donde corre con turbias y mugidoras aguas el Río de Santiago. Empero, á mí, más que lo nuevo que no conocía, placíame mirar una vez más los panoramas que antes había visto; porque los contemplaba, no tanto con los ojos del cuerpo, como con los melancólicos del espíritu, que saben hallar tanta magia y colorido en los objetos.

Conocedor de mis inclinaciones uno de mis primos, propúsome que hiciésemos una excursión á la renombrada hacienda "El Potrero", que se halla obra de tres leguas de Tequila y como á dos tercios de la profundidad de la Barranca. Regocijando admití la invitación, y al despuntar la mañana del siguiente día, pusímonos en marcha á caballo acompañados de nuestros mozos.

Comienza la senda en terreno plano; poco á poco aparecen montículos que la van transformando, hasta que, al través de incipientes fragosidades, se llega al borde de la inmensa hoya, que se extiende en matizados repliegues, en dirección sinuosa y por espacio de leguas. No revela, visto desde arriba, lo que es ese abismo. Mírasele desde la altura, como una cavidad formada por lomas descendentes y estériles; los ojos no perciben más que enormes rocas tajadas á pico, honduras pedregosas, planicies escalonadas, amarillentas é infeundas. De trecho en trecho distínguense vagamente en sus flancos, manchas verdosas semejantes á la lama que nace con la humedad en las paredes de los pozos, ó á las

ruedas de ruín vegetación que describen los líquenes en la superficie de las piedras. Pero, tan desolado panorama no es más que una ilusión de mera óptica. Vistas de cerca aquellas manchas verdosas, son vastos oasis de vegetación exhuberante, donde se sienten volar céfiros del paraíso. Las cañadas que á distancia preséntanse sólo como arrugas oscuras, ocultan una especie de efervescencia vegetativa, donde la naturaleza se desarrolla frenética y delirante en todo género de producciones. Los desfiladeros que aparecen á distancia como negras cavidades esfumadas en la escalinata de eminencias que bajan sin fin á un término desconocido, son vertiginosos despeñaderos cubiertos de frondas, de enramadas, de enredaderas, de flores y de frutos, que se hacen más y más abundosos á medida que bajan mayormente al seno de la tierra.

Comienza el descenso por un suave declive. Muy á poco la senda se descuelga casi perpendicularmente como una escala; se encajona en pasos estrechos, donde apenas caben las cabalgaduras unas en pos de otras; se quiebra en angulosos zis-zas, como la línea que dibuja el rayo en el firmamento;

y se torna agria y pedregosa como lecho de torrente. Camínase paso á paso llevando la brida asida fuertemente para evitar tropiezos y resbalones de la bestia; y á diestra y siniestra, adelante y á la espalda, míranse las masas de verdura llenar completamente el espacio, dejando apenas entrever el cielo azul acá y allá por enmedio del tupido ramaje. Mil rumores llegan confusamente á los oídos, formados por los soplos del viento que zumban al chocar con las escabrosidades de la Burranca, por el balanceo de las frondas, por el sonar de los platanos y por el correr de los arroyos. Límpidos estos y murmuradores brotan por todas partes y se precipitan á los abismos, espumando sobre las rocas; y convirtiéndose en lluvia de perlas, al salir de sus cauces de granito, forman vistosas cataratas. Entre las ramas pían los pájaros, y donde el bosque es más verde y tupido, se oyen cantos deliciosos de músicos alados, que entonan inconscientemente el himno libre y regocijado de la naturaleza.

A medida que se desciende más y más, aumenta el calor, enrarecese el aire y se hace más abundante la vejetación. Los mosquitos

de volar rápido y silencioso se interponen entre el ojo y los objetos, como la mota que mancha la retina en ciertas enfermedades ópticas, y de cuando en cuando, sin más rumor que un débil zumbido, se pegan á la piel y pican furiosos, causando un escozor que nada puede calmar, si no es el fuego ó el alcohol. Míranse al paso correr las lagartijas que se ocultan en las grietas de las peñas. Las ardillas huyen espantadas levantando en alto las esponjadas y afelpadas colas, en tanto que alguna culebra se desliza rápida por el suelo como movible línea verdosa y abillantada, perdiéndose en los matorrales que bordan el camino. El panorama cambia de improviso y á cada momento. Ya se encierra y encajona en urnas de roca, donde ha sido hecha la senda; ya se abre en las cimas de las lomas, dominando los verdes y profundos abismos que aparecen á los pies del viajero. A las veces, por entre las ramas y plantas trepadoras de la orilla, descúbrense abismos tremendos, en cuyo fondo se perciben vagamente correr los arroyos. Bosques de plátanos llenan las arrugas y repliegnes de la enorme hoyo; la salvia impregna el aire de su olor penetrante; el

ciruelo levanta por los aires las ramas escuálidas y desnudas, semejantes á los brazos de un penitente de la India; las hiedras esmaltan con flores azules ó rojas, el tronco amarillento de los árboles, la monotonía de las piedras ó la hojarasca de los matorrales.

A un lado del camino se halla el célebre sitio llamado el *Chorro*, donde brota el agua de una enorme peña. Los bordes de la Barranca son cantiles gigantescos tajados á pico; de la roca árida y desnuda despréndese ahí, grueso y abundante manantial de agua purísima y espumante, que cae de grande altura en una taza que se ha labrado por su propia fuerza en la dura superficie, hiriéndola y golpeándola constantemente. El fragor que produce la cascada, repetido y reforzado por los ecos de aquellas fragosidades, asorda con su estrépito, é impide comunicarse entre sí á los que la admiran, á no ser que se peguen la boca al oído y se transmitan sus ideas á grito herido. El agua de grato calor y suavísima al tacto, agítase hirviendo en su reducida cuenca, y luego corre por los flancos de la Barranca precipitándose en la hondura. La vegetación que brota y se ostenta en torno de ese cuadro

es de tal suerte profusa, que oscurece la luz del día, dejando ver la cascada en una penumbra misteriosa, que aumenta singularmente tanta majestad y hermosura. Bosques de plátanos se alinean atropellados á las márgenes del arroyo, y descienden por las bruseas laderas presentando hacia arriba la superficie de sus hojas lustrosas, semejante á un alegre manto verde echado sobre los vertiginosos desfiladeros para embellecerlos y ocultarlos.

Visto y admirado el *Chorro*, continuamos el camino con dirección á la hacienda. No tardamos en mirarla surgir á nuestras plantas, de una arruga dibujada en el flanco del precipicio. Las techumbres de las casas presentáronse tan directamente abajo del camino, que parecía que nuestras cabalgaduras acabarían por hollarlas con sus cascos. Repentinamente hizo un recodo la senda, y por un declive rápido llegamos á la plaza, en torno de la cual se agrupan las habitaciones. Forman el extenso circuito la casa del amo, el trapiche, las trojes, la capilla y un enverjado de hierro que limita la huerta.

Al resonar las pisadas de nuestras caba-

lléras en el empedrado, salió de la huerta un mozo que nos saludó atentamente, é invitándonos para que nos apeáramos, tomó nuestras bestias por la brida y las condujo al pesebre. Volvió después á la plaza.

—Oye, Juan, le dijo mi primo, este señor es mi pariente y desea conocer la huerta.

—Pasen ustedes, señores.

—¿No hay que pedir permiso al administrador?

—Está en Tequila, contestó Juan; pero no importa, soy el hortelano. ¿Es la primera vez que viene el señor al Potrero?

—No, le dije, he venido algunas veces antes de ahora; pero hace ya muchos años.

Hablando así bajamos la gradería y entramos en una larga y ancha calle, costeadá de corpulentos naranjos, detrás de los cuales se veía desarrollarse una vegetación variada y poderosa. Atravesamos en todas direcciones aquel sitio hermosísimo, sin dejar de explorar ninguno de sus rincones ni aun los más ocultos, ninguno de sus boscajes ni aun los más misteriosos y apartados. Es un compuesto delicioso del Jardín de las Hespérides, y del paraíso terrenal. Su feracidad es prodigiosa. Ahí las plantas son

árboles; los árboles, colosos. Los mameyes alcanzan altura nunca vista; llevan sus amarillas ramas provistas de grandes y duras hojas y cargadas de fruto, hasta más arriba de los otros árboles. Osténtanse esbeltos y elevados los mangales, alcanzando talla asombrosa. El dueño de la finca ha formado un bosque de ellos tan hermoso y tupido, que sirve para almuerzos y bailes campestres como una amplia y fresca basílica. Los cafetales se apiñan á la orilla de los arroyos, cuajados del rojo fruto que da el grano famoso. Hay necesidad de apuntalar sus ramas para que no se venzan y quiebren por el exceso del producto. Los platanares forman bosques extensos que van serpenteando y siguiendo las sinuosidades del terreno, ora hundiéndose en las depresiones, ora subiendo sobre las eminencias; y así se les ve, como apiñado y alegre ejército, trepar por las laderas en dirección de las corrientes, ó bajar por las profundidades, siempre verdes, brillantes y sonoros. Pero lo que forma la principal delicia del huerto, son los naranjales que por todas partes levantan sus gallardas y verdes copas, embellecidas por el blanco azahar y por

el rojo y redondo fruto. Colgado abundantemente de sus ramas, asoma entre la profusa y luciente hojarasca.

Es famosa la fruta del Potrero por su calidad exquisita. El plátano perfumado, los mangos enormes y jugosos, los aguacates, las limas, todo lo que ahí se produce es de gusto delicado, y podría servir para regalar paladares regios. La naranja especialmente, hermosa á la vista y grata al olfato, tiene un sabor particular por su perfume y dulzor. He gustado en mis dilatados viajes las naranjas más renombradas del mundo, las de Cuba, Florida, Andalucía, Africa, Sorrento, Sicilia, Jaffa y Kaiffa, y puedo decir con verdad, que las del Potrero sostienen la competencia con ellas, dado caso que no sean las mejores de todas.

— Hermoso lugar, por vida mía, dije á mi primo.

— Ya te lo decía, repuso. Conociendo tu afición á las bellezas naturales, estaba cierto de que te dejaría satisfecho la expedición.

— ¡ Vaya que Tequila es tierra privilegiada! continué. Tiene deliciosos alrededores y al paso que sus hombres son valientes

como leones, son sus mujeres hermosísimas como ángeles, según dijo de Guadalupe el célebre literato Altamirano, no há muchos años.

— Pase lo de los alrededores, que, en efecto, no son malejos, y admitamos la valentía de los hombres puesta á prueba por Lozada; pero por lo que hace á la hermosura de las mujeres, es forzoso ponerla en cuarentena. Te desafío á que me menciones una sola de esas beldades.

Guardé silencio por un momento, revolviendo penosamente personas y nombres en mi imaginación. Para salir de la dificultad dije en tono de triunfo:

— Nieves, la *virgen de la Florida*.

— No es de Tequila, dijo mi primo riendo

— Pero como si lo fuera, repliqué.

— No tanto, puesto que ni siquiera vive en el pueblo. Confiesa que lo que has dicho de nuestras mujeres, no es más que una frase retórica.

— No seré tan poco galante, repuse soltando una carcajada; antes sacrificaría la propia vida.

Nuestro conductor se había aproximado á nosotros y oía atentamente la conversación.



--¿Conoce á Nieves su merced? me dijo tomando parte en el diálogo.

--Tengo esa dicha. ¿La tiene U. también?

--Ni tanto, me dijo, como que es mi novia.

--¿Cáspita! repuse mirándole con interés. ¿Conque sí, eh?

--Sí, señor, me dijo poniéndose colorado y tronchando las ramas que salían al camino con el machete que llevaba en la mano.

Era Juan alto, musculoso y de color blanco. Su tez un tanto pálida armonizaba con la dulzura de su fisonomía, donde se veía brillar la sencillez propia de la edad y de los campos. Un bozo casi rubio sombreaba apenas su labio superior; tenía los ojos grandes y de melancólica mirada; su sonrisa era apacible y casi triste. Su profusa cabellera castaña y un tanto rizada, formaba á su cabeza un penacho desordenado, pero no exento de gracia. Tal como lo vi en aquellos momentos, con el calzón recogido hasta la rodilla, dejando al descubierto la pantorrilla robusta y los pies blancos y limpios, me recordó la figura de algunos mozos napolitanos, tocadores de guzla, á quienes los pintores suelen tomar por modelo en sus cuadros de costumbres.

--No está mala la pareja, pensé en mi interior.--Y luego en alta voz proseguí.--En tal caso felicito á V., amigo, porque, la verdad, es muy hermosa la niña.

--Tiempo hace que nos hubiéramos *matrimoniado*, continuó Juan con la sencillez del campesino que abre su pecho á todo el mundo, y cuenta su historia al primer venido--si no fuera por la corta edad de la niña y porque no me quieren ni la vieja Petra, su tía, ni el tuerto Anasco.

--Y ¿por qué no lo quieren á Ud? ¿tienen algún motivo?

--No lo sé, aunque creo que ha de ser por pobre, porque les gusta el dinero más de lo debido.

--¿Hace mucho tiempo que Ud. y ella se quieren?

--Desde que éramos mocosos nada más. Los dos somos de Amatitán, y como nuestras familias vivían en casas contiguas, todo el día nos veíamos, y jugábamos juntos. Nadie hubiera creído que la muchacha había de ser tan bonita, pues cuando chica era tan fea, que me burlaba de ella llamándola *huera pistoja*, lo que le daba mucho coraje.

La observación de Juan hízome recordar otras mutaciones de este linaje de que he sido testigo. He conocido niñas de fealdad superlativa, que al llegar á la adolescencia tienen un cambio asombroso trocándose en hermosas. Lenta, desconocida y poderosa transformación se apodera de sus toscas facciones para perfeccionarlas y darles gracia y armonía. Vista la metamorfosis, me ha dejado perplejo más de una ocasión. ¿Cómo—me digo—es esta naricilla fina y burlona, aquella misma nariz chata y remangada que conocí en otro tiempo? Y aquella dentadura desordenada, rebelde y sin dirección fija ¿es esta sarta de menudas perlas que asoman relucientes por entre esos labios de grana? Y aquellos pies toscos y mal formados ¿son estos mismos piecitos que envidiaría la *Cenicienta*? ¿Cómo pudo aquella rapazuela fea y sin gracia trocarse en esta diosa de la hermosura? Y sin explicar pizca del suceso, quedo ante él mudo y suspenso, no sé si buscando el proceso y transformación de las líneas, ó recreándome con el hecho en sí mismo, como ciego adorador del dios éxito.

Sin caer Juan en la cuenta de la distrac-

ción en que me había sumido, siguió refiriéndome con minuciosidad el idilio de sus amores. Oí confusamente que me explicó á su modo el apego que había ido sintiendo poco á poco hacia Nieves, y cómo ésta se manifestaba cariñosa y afable con él como una hermana, hasta que la separación les había hecho comprender sus verdaderos y recíprocos sentimientos. Recuerdo que me refirió no haber empleado nunca la fórmula sacramental *te amo* para hacerse comprender por Nieves; sino que ambos por mutuo y tácito acuerdo habían dado por sentado que se querían desde tiempo inmemorial. Salido de la infancia, Juan había sido puesto al trabajo por su padre. Comenzó por ser *sembrador*, caminando detrás de las yuntas de bueyes que araban la tierra, y echando los granos de maíz en los surcos acabados de abrir por la reja del arado; pasó luego á conductor de la yunta, y al fin se trasladó con su familia á esta hacienda del Potrero, donde aprendió el arte del hortelano que conocía á fondo su padre. Muerto éste, ocupó su puesto en el cuidado de la huerta. No veía á Nieves mas que los domingos, en el pueblo, á la hora de la misa, y después le

hablaba algunas palabras en la plaza del mercado, bulando la vigilancia de Petra, que se llenaba de cólera al mirarle. Algo maliciaba él de las perversas intenciones de don Santos respecto á Nieves, y temía la complicidad de Petra y Analeo en las miras de aquel hombre perverso, cuya inmoralidad y cuyos abusos con los pobres eran har-to conocidos en muchas leguas á la redonda.

—Si tuviera veinte pesos—me dijo al concluir—procedería á casarme inmediatamente.

—Pero ¿de qué manera? ¿tan pronto?

—Haría que Nieves se *juyera* conmigo, la depositaría en el pueblo en la casa del señor cura, y luego nos casaríamos. Al fin y al cabo no tiene padres, y el jefe político le daría licencia para el matrimonio, aunque rabiaran el tuerto Analeo y su tía.

—A decir verdad, no me parece el plan del todo malo; pero veinte pesos serían muy poco para todos los gastos. Sólo los derechos del curato los valen.

—Tengo bien echadas mis trazas. Al señor cura le daría doce ó quince, y con el resto compraría las donas y haría la boda.

El interlocutor me hizo luego las cuentas

y me demostró que le bastaría con ese dinero. Podría comprar un rebozo, unas enaguas y unos zapatos para Nieves; con el resto se harían los gastos de la sopa de arroz y del guajolote en pepián—de regla en todas las bodas—y de una música de violín con cantadoras para el baile. Me hubiera entristecido el programa, á no haber visto en los ojos de Juan, que le llenaba de alegría y que le hallaba excelente.

—Bien está—le dije conmovido—puede Ud. dar principio á sus arreglos matrimoniales; yo le prestaré los veinte pesos.

—¿De veras, señor? me dijo con timidez y regocijo.

—Ciertamente, le respondí; sólo que ha de ser pronto, porque no he de permanecer más que unas semanas en Tequila.

Debatimos en seguida los términos en que había de ser pagada la deuda, y hasta después que hubo quedado satisfecha la delicadeza de Juan, me declaró que aceptaba la oferta, y me anunció que tan luego como volviera de Tequila el administrador, le pediría licencia para ir al pueblo y se ocuparía en preparar el golpe que meditaba.

No es necesario decir que desde aquel

momento mostróse Juan conmigo afectuoso y solícito en demasía, apresurándose á servirme y empeñándose en agasajarme. Condújonos al baño de la huerta, formado por la confluencia de dos arroyos, y cuyas aguas de un azul trasparente son de diversas temperaturas. Sus márgenes y su lecho formados por cantos rodados de medianas dimensiones, lisos y bien pulidos, tienen un aspecto muy pintoresco. Sus orillas bien provistas de platanos, guayabos y limas, ofrecen grata sombra, bajo la cual se puede contemplar deliciosamente aquel bello espectáculo. Invitados por Juan, que nos proporcionó sábanas y esteras para el baño, nos metimos en el agua mi primo y yo, sintiendo indecible delicia al contacto de aquella linfa tibia, suave y acariciadora. Traía y llevaba en su largo curso á través de los pedregales y debajo del tupido ramaje, rumores tan acordados y dulces, que, recostado en el lecho de piedra y dejando deslizarse sobre mi cuerpo sus ondas amorosas, me quedaba largos ratos suspenso, escuchando con arrobamiento aquella música de tono inimitable; y teniendo por cierto que algo me decía, pro-

curaba recoger mi espíritu para traducir con claridad su lenguaje, sin llegar á conseguirlo, en medio del confuso tumulto que en mí despertaba, de serena alegría, dulce tristeza y vagos deseos.

En tanto que nos sumergíamos en las aguas yendo de una corriente á otra á través de su confluencia, los árboles de la orilla, sacudidos por los soplos del viento, dejaban caer en aquel baño rústico sus maduros y dulces frutos, que nosotros gustábamos llenos de encanto y regocijo. Parecíamos hombres de las primeras edades del mundo, y gozábamos las privicias de la virgen naturaleza, como si mortal alguno antes que nosotros, hubiese sorprendido su amoroso secreto.

Salidos del baño, echamos mano á las escopetas y nos entregamos al placer de la caza, abatiendo los pajarillos que á bandadas venían á posarse en las copas de los árboles. Tordos, gorriones, chachalacas, catarinas, pericos y guacamayas cayeron heridos por la munición de nuestras armas de fuego, cansándome ya muertos y en tierra, tanta maravilla por la hermosura de sus pintadas plumas, como pesadumbre por su

fin aciago, que nada á la verdad justificaba; pues para haberlos herido no teníamos en nuestra defensa ni su índole fiera, ni lo exquisito de sus carnes, dadas por una parte su mansedumbre y por otra su ineptitud para servir al paladar de regalo. Por pasatiempo y juego, con todo, y para ejercitar la puntería, continuamos haciendo aquellos destrozos en la grey volátil, que amedrentada huía de la huerta para buscar seguro refugio en lejana y abrupta cañada.

Llegada la hora de comer, nos dimos cuenta de que no tienen todas las perfecciones los idilios, pues no hubo literalmente cosa con que distraer el hambre.

— Juan — dije al hortelano — háganos Ud. el favor de conseguirnos carne asada, frijoles, tortillas y salsa de chile en algún jacal de la ranchería.

— No hay nada de eso en el Potrero — repuso consternado. ¿No han traído provisiones de Tequila los señores?

— No, porque pensábamos hallar aquí algo que comer.

— Señor, aquí comemos á lo pobre.

— Pero bien; con qué se alimentan ustedes?

— Con calabaza cocida.

— ¿Nada más?

— Nada más.

Quedéme contemplando con estupefacción á Juan algunos instantes, como buscando en su fisonomía algún gesto de burla y buen humor que desmintiera sus palabras; pero se mantuvo serio y fué preciso creerle. Deseoso de sacarnos del mal paso, echóse solícito á buscar víveres por las casuchas ocultas en los peñascales, y al fin nos trajo huevos y una gallina, elementos bastantes para que nos fuese improvisada una comida frugal, que, después de todo, fué menos mala de lo que hubiera sido de presumirse.

Causa verdadero asombro la miseria en que viven los campesinos. Trabajan sin tregua, comen poco, andan casi desnudos y no tienen exigencias ni goces, aparte de los meramente animales.

La necesidad ha engendrado el progreso; donde no hay necesidades no hay estímulo, ni mejoramiento, ni vida civilizada. Nuestros labriegos saldrán de la abyección en que vegetan, el día en que aspiren á comer bien, á vestir decentemente y á procurarse comodidades. Al elevarse su nivel moral, se levantará el de la República.

Sin embargo de alimentarsè con calabaza y fruta, no presentaba Juan síntoma alguno de debilidad, lo que me dejó por entonces harto sorprendido, pues todavía en aquella época no hacían sus célebres experimentos Tanner, Succi y Merlatti, demostrando que el hombre puede vivir sin comer, treinta, cuarenta y hasta cincuenta días.

—Cuando se case Ud. con Nieves, le dije, vivirán aquí como Adán y Eva en el paraíso.

En efecto, dadas su poca ropa, su alimentación vegetal y la belleza del sitio, la comparación era rigurosamente exacta.

Terminada la comida y pasada la hora del calor, emprendimos mi primo y yo la marcha de regreso á Tequila, despidiéndonos de Juan, quien nos acompañó buen trecho por la cuesta, y me prometió pagarme muy en breve la visita.

## V.

Grandes fueron el estrépito y la algazara que metió en Tequila la fiesta preparada por Don Santos para celebrar la bendición

de la capilla de su hacienda. Hombre acomodado y espléndido, no omitió gasto para dar mayor realce al festejo, habiendo hecho llevar de Guadalajara músicos, conservas y vinos exquisitos para obsequiar á los convidados. Fueron éstos no sólo de Tequila y de las haciendas del partido, sino también de pueblos y fincas distantes, de suerte que la concurrencia fué abundante y lucida por todo extremo. Don Santos era vanidoso y manirroto; así que en aquella ocasión echó la casa por las ventanas, como suele decirse, para hacer ruido y andar en bocas con dictado de magnífico.

Fuí de los invitados al festejo, y en compañía del jefe político y de mis primos, me presenté uno de los primeros en la Florida, que hallé toda conmovida por el suceso. La plaza de la hacienda rebosaba de gente campesina; los vaqueros, con chaqueta y calzoneras de cuero, montaban briosos caballos, que hacían caracolear y galopar por todas partes; algunos mozos de á pie prendían cohetes que partían silbando y estallaban á grande altura. Los convidados acudían en carruajes y á caballo, viniendo entre